

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 131.—15 de Agosto de 1875.

---

*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

La Redaccion da las gracias

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

---

Doña A. O. por 60 rs. además del donativo para los heridos.

Doña Dolores Castañon, por 20 reales, además de las hilas que destina á los heridos.

Un Sr. Capellan, por 20 rs.

Ofrecemos tambien sentido testimonio de gratitud

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS, A.....

---

D. José María del Toro, por su oportuno cuanto útil donativo de pieza y media de crea de hilo, otra pieza de zaraza listada para colchas, todo nuevo, y un toldo de cañamazo en muy buen estado (\*).

Una Señora, de Illescas, por hilas.

Doña Carmen Colombo, por hilas.

Doña Angustias Ramirez, por trapos.

D. Cándido Rodriguez, por trapos y 3 sábanas usadas.

---

(\*) El donativo del Sr. Toro nos fué anunciado en una notable carta que sentimos no poder publicar, tanto por falta de espacio, cuanto porque, de hacerlo, la equidad nos obligaria á insertar asimismo otras muchas manifestaciones de viva y ardiente caridad que acompañan á varios donativos que recibiendo estamos.

Una Señorita, de Infiesto, por hilas, trapos y vendajes.

Leocadio del Olmo, soldado, por un cabestrillo usado por él á causa de herida, y que dedica á sus hermanos de armas que puedan necesitarlo.

Doña Carmen Valdés de Carmena, de Illescas, por trapos.

La madre y hermana de un oficial que está en el Norte, por hilas, trapos y vendas, que deseamos no llegue á necesitar aquel objeto de su cariño.

Doña Maria Soriano, por hilas.

Doña A. O., por hilas y trapos.

Doña Magdalena Hurtado de Mendoza, por 60 rs.

Doña C. R., de las Rozas, por hilas, trapos y 10 rs.

Señoritas de Soto, por trapos.

Doña Angela Ruiz Zorrilla, de Cáceres, por hilas y trapos.

Dolores Sanz, criada, por trapos.

El niño Gerardo Lafuente, por trapos, una funda de almohada y considerable cantidad de hilas hechas por sus inocentes manos, que ojalá nunca tomen parte en menos piadosas tareas.

Doña Antonia García Ramirez, de Trujillo, por hilas y trapos.

Un liberal, por hilas.

Sra. de Hernando y Gabilondo, por 1 camisa, 1 par de calcetines de lana, hilas, trapos y vendas.

D. G. de T., por 6 sábanas usadas y trapos.

Doña M. M. de M., suscritora á *El Imparcial*, por hilas.

Señoritas de Terrazas y de Miró, por hilas.

Señoritas de Patilla, por hilas y trapos.

Señoritas de Alvarado, por trapos.

Un suscriptor á *El Imparcial*, por hilas y trapos.

Doña Dolores Castañon, por hilas.

Y varias Señoras y Caballeros que no quisieron decir sus nombres, por hilas y trapos.

Doña María Benitez, por su incansable asiduidad en hacer hilas y su cuidadoso esmero en prepararlas.

Doña Elisa de la Concha, vecina de Oviedo, por un cajon con vendas, hilas y trapos, primorosamente preparado todo.

M., que habita en el puente de Vallecas, por hilas.

Doña Telesfora y Doña Isabel Ruiz, de Segovia, por hilas y trapos.

Doña Clotilde Sobrado de Coupigny, por tres libras de hilas.

Sra. de Perez Arias, por trapos.

La sirvienta María Villar, por trapos.

Hemos remitido un cajon con considerable cantidad de hilas, trapos, camisas y otras ropas, acaso suficientes para un mes, al Hospital militar de Vitoria, donde por conducto de nuestros queridos amigos los Redactores de *El Imparcial*, supimos hacia falta este socorro para los heridos de la accion de Villarreal y de otras.

## ¡HILAS! ¡HILAS!

---

En varios números de esta Revista y por plumas mas autorizadas que la nuestra, se ha clamado fuertemente en demanda de hilas y trapos para los heridos de la guerra que destroza nuestra patria, demostrando cuán triste es ver que, mientras se aumentan medios y se perfeccionan los instrumentos de derramar sangre, lo cual, entre otra cosas, es costoso, no se aumentan tambien en la misma proporcion los medios de restañarla, lo cual es mucho mas económico, además de ser infinitamente mas humanitario.

No repetiremos sobre esto consideraciones ya elocuentemente hechas: tan solo queremos indicar una idea nueva. Puesto que el trabajo de hacer hilas es tan fácil; ¿no podrian el Gobierno y las Diputaciones provinciales exigirlo de toda la poblacion que tiene bajo encierro ó bajo tutela, y á la cual, por lo mismo que mantienen, hay derecho de exigirle trabajo? En este caso se hallan los confinados y reclusas, que no se ocupan en otras faenas mas útiles, y los acogidos y acogidas de los diversos establecimientos de beneficencia.

Esto solo, ejecutado con eficacia y buen celo, podria producir en un mes montones de hilas, como los que el patriotismo de los españoles acumuló en otro tiempo para la guerra de Africa, hasta el punto de quedar un gran respuesto sobrante, que luego se ha consumido porque desgraciadamente ha habido otras ocasiones en que emplearlas.

No se crea por esto que desdeñamos la accion de la caridad individual, ó que desconfiamos de su laudable ayuda. No: lo mas agradable, lo mas digno de un pueblo generoso es que el surtido de trapos é hilas se debiera por completo á los esfuerzos espontáneos de la caridad privada, especialmente de las Señoras: pero, por si esto no basta, bueno es prever este surtido por otros medios.

Cuentan las crónicas rusas que el Czar Pedro el Grande, en vísperas de una de sus terribles campañas contra los suecos, mandó que durante dos dias todos los súbditos de su vasto imperio hiciesen

ó entregasen una cantidad de hilas y trapos, que bastó con exceso para las necesidades de aquella guerra. Si esto pudo hacerlo el déspota moscovita por el uso de la fuerza material y del terror que exigia pronta obediencia, ¿no ha de imitarle algo en este camino la caridad cristiana por la fuerza del sentimiento y de la compasion?

¡Triste sería tener que desconfiar en absoluto de que así suceda!

*Antonio Guerola.*

## LA MORAL DEL BUDDHISMO.

---

Allá por los años 622 antes de Jesucristo, en la ciudad de Kapilavastu, capital de un pequeño reino del propio nombre situado en la India, entre el país de Kozala y las montañas del Nepal, nació un hombre predestinado para fundar una nueva religion que habia de difundirse por todo el extremo Oriente, y estiende aún hoy día su imperio sobre tantos millones de almas como el Cristianismo. Varon fué aquel que mostró, sin duda, el corazon mas tierno, mas inflamado de caridad y mas compasivo de las humanas miserias, que haya jamás existido fuera de las luces del Evangelio. Llamábase Siddharta (el que consigue éxito), nombre que despues cambió por el de Buddha, esto es, sabio en toda su pureza, en su grandeza toda, en el lleno, en fin, de una facultad sobrehumana, de cuya denominacion tomó la de **Buddhismo** la religion por él fundada.

No es nuestro ánimo ni conviene á la índole de nuestro periódico hacer la historia ni menos la exposicion filosófica de esa religion, como tampoco relatar la vida, bajo mas de un concepto notable, del Buddha. Diremos sí que la revolucion religiosa, social y política que su doctrina causó, era de una imperiosa necesidad para sacar á la India del abismo de males y sufrimientos en que á fines del siglo VII anterior á nuestra era la habia sumido el braihmanismo, negando al hombre la posibilidad de redimir, ni aun mediante la muerte, la cadena de sufrimientos á que, segun las creencias en la trasmigracion, le condenaba el perpétuo renacimiento á nuevas existencias que venian á ser el premio ó el castigo de las buenas ó malas acciones realizadas en las precedentes. La perspectiva de este porvenir sin reposo pesaba duramente sobre un pueblo, harto agoviado ya por la opresion del sistema de castas, por un doble despotismo político religioso; sobre un pueblo, finalmente, en quien los sentimientos mas propios de la naturaleza humana hallábanse bastante sofoca-

dos y fuera de camino para dejarle sin defensa contra semejantes dogmas.

Después de sobrehumanos sacrificios personales y de largas meditaciones hechas durante algunos años en la soledad y el aislamiento, creyó el Buddha haber llegado á la solución del problema que se había propuesto y mediante la cual y al propio tiempo fundó una religión nueva, si religión merece llamarse el fruto de aquellas meditaciones: porque su doctrina no se apoya sobre ninguno de esos puntos fundamentales de esencia religiosa que se llaman dogmas; evita pronunciarse claramente acerca de la idea de Dios; y aunque emplea la oración, no lleva consigo culto propiamente dicho.

La doctrina del Buddha, según su forma primitiva y tal como la predicó el mismo, consiste toda en la idea del bien moral y en la práctica de este bien. «He venido, dice en uno de sus *sutras* ó sermones más auténticos, para satisfacer á los ignorantes con la sabiduría. El tesoro de la sabiduría es la limosna, la ciencia y la virtud: estos son méritos que no se disipan jamás. Hacer un poco de bien, vale más que llevar á cabo obras difíciles. Si se quisiera comprender cuán grande es el fruto de la limosna, nadie comería su último bocado de comida, sin haber dado participación en él. La benevolencia es la primera de las virtudes y la madre de la abnegación. El hombre perfecto nada es si no se derrama en beneficios sobre las criaturas y no consuela á los afligidos. Mi doctrina es doctrina de misericordia, y por esto los afortunados de la tierra la encuentran difícil; están orgullosos de su nacimiento, y no reflexionan que los frutos de un mismo árbol son todos de idéntico origen.»

Otros varios puntos de enseñanza moral abraza el *sutra* á que nos hemos referido; mas lo copiado acerca de la práctica de la caridad, de la misericordia y de la benevolencia, parécese digno de ser conocido de nuestros lectores, porque, como ha dicho un escritor moderno, nada sospechoso aun para los más timoratos (1), «si no hubiese una especie de blasfemia en comparar las divinas máximas de Jesucristo con las doctrinas puramente humanas del Buddha, aun en lo que tienen de más elevado y de más cercano á la verdad, podría llamarse al *sutra* mencionado el *Sermon de la montaña* del buddhismo.»

---

(1) Mr. Francisco Lenormant, en su excelente *Manuel d' Histoire ancienne de l' Orient*.

Verdad es que, como nos hemos propuesto indicar en estas líneas, la moral constituye el lado bello del buddhismo, y ofrece una corrección, una grandiosidad y pureza, que no pueden menos de sorprender, sobre todo, cuando se compara esa moral con la triste y desoladora metafísica sobre que se apoya. En ella se retratan el alma elevada, el compasivo corazón del que, si echó los fundamentos primeros de los extraños y monstruosos errores del buddhismo, no es, sin embargo, responsable de todas las amplificaciones que, en el peor sentido, introdujeron sus discípulos al tratar de suplir los vacíos que, bajo los puntos de vista de la Metafísica y de la Mitología, presentaba la doctrina del maestro, para constituir un sistema religioso capaz de luchar con el brahmanismo organizado, dominante hacia muchos siglos.

Después de considerar lo que hay de grande en la doctrina moral del buddhismo, solamente fijándose en la vanidad ó mas bien en el nihilismo de su metafísica, puede comprenderse la insuficiencia de una religion que únicamente supo adorar la nada, el aniquilamiento, la extinción total en fin, que es lo que significa la palabra *nirvana*, equivalente para el Buddha y sus sectarios al fin total de la vida, y que constituye su bienaventuranza. El buddhismo, en efecto, ha sido en todas partes impotente para fundar sociedad ni gobierno soportables, fracasando en la India misma donde nació, y dejando por do quiera á los pueblos en que ha ido estendiendo su influjo, sometidos al yugo mas envilecedor y arbitrario, sin que ni aun la propia civilización europea sea capaz de volverlo á una vida fecunda al penetrar en las regiones donde conserva aún todo su vigor.

Sí, como ha hecho observar Mr. Barthélemy Saint-Hilaire, puede formarse idea de cada religion por las instituciones sociales que inspira ó tolera, en verdad, una de las mas patentes señales de la grandeza del Cristianismo consiste en haber producido sociedades y gobiernos libres, que de dia en dia adelantan por el camino del progreso á los ojos y con el aplauso de la Historia.

J. M. E.

## UN MARTIR.

(Del libro de Michel Masson, titulado *Le Devouement.*)

Después de la muerte de Constantino, que fue quien primero hizo subir á un trono al cristianismo, nacido entre el pueblo, los emperadores que le sucedieron, escepto Juliano, llamado el Apóstata, se propusieron destruir las creencias paganas, ya favoreciendo la predicación evangélica, ya empleando hasta la violencia de la persecución. Sin embargo, cuatro siglos habian trascurrido desde la muerte del Justo en la cruz del Calvario, y el culto de las divinidades que habian sido objeto de la piedad del antiguo mundo, protegido por el Senado romano, tenia aún en el imperio de Occidente sus adoradores, sus templos y sus sacerdotes.

Proclamado emperador, cuando acababa de cumplir once años Flavio-Augusto-Honorio, hijo de Teodosio el Grande y de Elia Faucilla, se vió bien pronto arrastrado por los que reinaban en su nombre por una senda mas peligrosa para el soberano y para el Estado, que provechosa para la salvacion de las almas, es decir, por la que conduce á abusar de la propia autoridad para imponer las conversiones con la fuerza.

En virtud de una ley, autorizada con la firma de Honorio y el sello imperial, se confiscaron las rentas de los templos para enriquecer al ejército; los sacerdotes paganos fueron desterrados ó condenados á muerte. Se dispuso la destruccion de las estatuas, á las que debia reemplazar el símbolo de la nueva fe en todos los lugares consagrados á la celebracion de los ritos del paganismo, que fueron desde entonces severamente prohibidos. Aquel edicto, fechado en Roma el 23 de enero del año 399, consumó la ruina de la antigua religion, pero al mismo tiempo, dice un historiador, suscitó un descontento que produjo sediciones, favoreció la invasion de los Bárbaros y aceleró la caída del imperio. Desde el año 400 al 403 los estragos causados por los Visigodos, bajo el mando de Alarico, desolaron el Véneto y la Liguria. Roma, alarmada por su propia seguridad, reparó sus murallas; en cuanto al joven emperador, arrojado de su capital por el terror que le inspiraban los constantes triunfos de los invasores de la Italia, se habia refugiado prudentemente en Ravena. Una inesperada victoria alcanzada por su suegro Stilicon en Pollencia sobre el Tanaro, restableció por algun tiempo la suerte del imperio. Cubriendo entonces Honorio su pusilanimidad

con el manto de su orgullo, y atribuyéndose el honor de aquella victoria, él, que tan lejos del combate se había mantenido, volvió á entrar triunfante en Roma.

El establecimiento oficial del cristianismo había cambiado de destino á los templos, y reemplazado con piadosos y castos cánticos, los himnos á veces audazmente mundanos del paganismo. Pero los suaves preceptos de la religion fundada por el Cristo carecian aún de influencia sobre las costumbres de un pueblo: así en los juegos de la paz, como en las luchas de la guerra, consideraba como un deber alimentar su ferocidad natural con la vista de la sangre y el espectáculo de la agonía. Los sacrificios humanos no manchaban ya los altares, pero la espada de los gladiadores continuaba haciendo víctimas públicamente en aquel mismo coliseo, teatro del suplicio de tantos ilustres mártires. Un combate mortífero en la arena que la sangre de los primeros cristianos había enrojecido, era el complemento obligado de toda solemnidad nacional. Los combatientes destinados á perecer á la vista de ochenta mil espectadores, no decian ya, al pasar por delante del *podium*, parte del anfiteatro donde se sentaban el emperador y su corte: *Ave, Cæsar, morituri te salutant* (Cesar, los que van á morir te saludan), pero se inclinaban ante la voluntad del pueblo, que cuando el combate desmayaba, los gritaba, en un arranque de sanguinaria impaciencia: «¡Mata!» Y á ejemplo de las Vestales, con el pulgar dirigido hácia los vencidos, daba la señal de muerte.

Las monstruosas inmolaciones que, bajo el pretesto de regocijos públicos, enlazaban, por la complicidad en el crimen de lesa humanidad, la Roma de los tiempos de barbarie y la Roma cristianizada, no contristaban solamente las almas de aquellos cuya vista escandalizaban. La descripción de aquellas orgías de sangre cruzaba el espacio, y hasta en las soledades de la Tebaida iba á inquietar la caridad de algun anacoreta por la salvacion del mundo, y á escitar en él el fervor apostólico. Calzado con las humildes sandalias y llevando en la mano el blanco báculo, solia viajar solo, viviendo de limosna, ó por mejor decir, pagando con enseñanza religiosa, con fraternales consejos y con oraciones, la hospitalidad que recibia de albergue en albergue. A veces se unia á una de aquellas numerosas caravanas de peregrinos, que las grandes festividades de la Iglesia atraian anualmente de todas partes á la ciudad eterna. Así fue como llegó á ella á principios del año 404, un anciano que venia desde aquel mismo desierto en donde había muerto en 356, á la edad de 105 años, San Antonio, el padre de los cenobitas.

Aquel anciano, cuyo verdadero nombre no ha podido decirnos

la leyenda, pero cuyo recuerdo merece conservarse, no era, al parecer, uno de aquellos admirables oradores á quienes ha sido dada la palabra para predicar victoriosamente la caridad. Pero, á falta de la facultad irresistible del bien decir, tenia superabundante el genio del bien obrar, que enseña con el ejemplo. Aunque ignorase el arte del orador, no podia faltarle el supremo argumento, cuando se tratase de probar la obligacion de las buenas obras. Era de aquellos que sacan sus medios de conviccion de las inspiraciones espontáneas del sacrificio absoluto por la humanidad.

Aún no habia cesado de proclamar el triunfo de Honorio y Stilicon el clamoreo de las campanas, cuya introduccion en Italia y en todas las iglesias de Occidente se remontaba al reinado de Constantino, cuando el anciano llegó á Roma. Ya, sin embargo, la multitud, reunida á las puertas del anfiteatro de Flavio (el Coliseo ó *Coloseum*) reclamaba con grandes gritos la caza de fieras en la arena y los combates de los gladiadores con la aguda lanza y las cortantes espadas, es decir, la lucha sin piedad y el combate á muerte. El venerable habitante del desierto, al deslizarse entre los grupos, sorprendió frases que demostraban el horrible gozo que se prometia el pueblo, ávido de asistir á aquel espectáculo cruel. Conmovido de piedad, tanto por los verdugos como por las víctimas, el anciano trató de recordar á aquellos cristianos los preceptos de la caridad cristiana; pero, denostado por los mas morigerados de aquellos á quienes se dirigia, injuriado, maltratado por todos los demás, sufrió sin quejarse los escarnios, las injurias y los golpes; despues se alejó, acusándose á sí mismo, en su humildad, de no haber merecido que Dios le diese la elocuencia necesaria para ilustrar los espíritus, conmover los corazones y salvar las almas.

Resignado hasta con el martirio para cumplir la mision á que se sentia llamado, no era el temor de sufrir peores tratamientos lo que habia impulsado á aquel anciano á huir ante las violencias del pueblo. Sentia la necesidad de ir á alcanzar en el recogimiento al pie del altar la inspiracion que suple la impotencia de la palabra con la grandeza de la accion. A la antigua iglesia de Santa María de Ara-Coeli, consagrada en el año 103 de la era cristiana por el Papa Anacleto, fue á donde se retiró para meditar. Cuando el índice del cuadrante solar que colocado delante de la tribuna de las arengas marcaba la hora exacta para los romanos, señaló el momento prefijado de la caza que debia preceder al combate, el anciano, que hasta entonces se habia mantenido arrodillado, se levantó, salió de la iglesia, y confortado con la oracion, se dirigió con firme paso hácia el Coliseo. Aunque era casi imposible penetrar en él, pues tan com-

pacta era la multitud que le habia invadido, logró introducirse en la parte del anfiteatro reservada á los dignatarios del Estado; su avanzada edad y el respetable trage que llevaba le habian facilitado la entrada.

Cuando llegó acababa de terminar la matanza de las fieras por los cazadores, y los dependientes del circo con ayuda de garfios y cuerdas desembarazaban la arena de los sangrientos cadáveres. Alypio, el prefecto de Roma, sentado en el sitio ocupado en otro tiempo por la silla del Emperador, distribuia coronas á aquellos cuya mano habia sido mas mortífera, y el pueblo ratificaba ó anulaba el juicio con sus clamores de entusiasmo ó con sus gritos de cólera.

Habiéndose retirado los vencedores se vió, á una señal hecha por Alypio, abrirse las dos puertas opuestas de los extremos del circo. De cada una de aquellas puertas salió entonces una cuadrilla de gladiadores, que saludaron blandiendo sus espadas á los ochenta mil espectadores que allí habian acudido para cerciorarse de si aún se sabia morir decorosamente en aquel recinto, donde tantas veces habia sido bien dado y bien recibido el golpe de muerte.

Los gladiadores van á combatir. Ya las miradas se provocan, ya las espadas se amenazan. El murmullo de un estremecimiento de gozo ha recorrido la muchedumbre, pero bien pronto, atenta y jadeante de impaciencia, queda en silencio para seguir mejor las peripecias de la lucha. Sin embargo, en el momento fatal en que van á cruzarse los aceros, una voz se eleva de entre la concurrencia. Aquella voz es la del anciano anacoreta. De pie sobre la grada donde ha conseguido hallar sitio, y con los brazos estendidos hácia los combatientes como para separarlos, esclama: «¡En nombre del Cristo, abajo las armas!» A estas palabras los gladiadores atónitos, perplejos, se detienen, buscando con la vista de dónde les viene la orden de envainar la espada cuando aún no han combatido. Una viva emocion se comunica desde el podio hasta todos los pisos del anfiteatro; se levantan, se agitan, porque todos quieren ver al osado espectador que se atreve á turbar la fiesta en una solemnidad que tiene en apoyo la consagracion del tiempo y la voluntad del pueblo romano. El anciano, aprovechándose para abrirse paso de la turbacion que ha causado, desciende gravemente las gradas que conducen á la arena. Pero, desde el instante en que por este movimiento se ha señalado él mismo á la multitud, se convierte en el blanco de todas las miradas enfurecidas, en el objeto de todas las imprecaciones y de todas las iras. Los que estaban á su lado han dejado un vacío en su derredor, no para favorecer su bajada al circo, sino porque desde las galerías elevadas llueven piedras sobre él. A cada paso que da,

le hiere una en la cabeza, le alcanzan otras en las piernas, y sin embargo, continua bajando. Acometido por una nueva granizada de proyectiles, brota la sangre de sus heridas, sus rodillas flaquean, pero descende siempre; y siempre tambien su voz, cada instante mas débil, repite: «¡En nombre del Cristo, deponed las armas!» Una piedra mas pesada y demasiado bien dirigida, le derriba á los pies de los gladiadores que, escitados con los alaridos de la muchedumbre, le acribillan á estocadas.

Antes de espirar esclama: «No siento morir en este mismo recinto en donde tantos confesores de la fe han sufrido el suplicio por el triunfo de la justicia y de la verdad; su sangre no ha corrido en vano sobre esta arena; pueda la mia ser la última que la enrojezca.»

Este voto no tardó en cumplirse; algunos dias despues de la muerte del generoso anciano, dictó Honorio un decreto que abolia los combates de gladiadores en el circo. Así el sacrificio por la humanidad produjo el último martir.

R.

## HOSPITALES MILITARES FRANCESES.

---

Segun vemos en *La Gaceta de Sanidad Militar*, el Ministro de la Guerra de Francia ha ordenado que los hospitales militares de Châlons y de Bourges se construyan con arreglo al sistema americano, que consiste en una serie de pabellones capaces de contener 30 camas á lo mas cada uno, que levantan un metro proximamente del nivel del suelo, bajo una bóveda ventilada por todos lados. La armadura y muros de estos edificios, en vez de ser de madera, están contruidos la primera de hierro, y de ladrillos tubulares los segundos, por cuyo medio se proporcionan grandes cantidades de aire, renovando á la vez 60 metros cúbicos del mismo por hora. Este sistema se presta tambien á la destruccion de miasmas por medio de una llama de gas aplicada á las paredes, bóveda, etc., y reúne condiciones de duracion que evitan la demolicion periódica propuesta respecto á los hospitales de madera por los norte-americanos.

¡Dichosos los paises en los cuales, aun á raiz de grandes trastornos y calamidades públicas, puede pensarse, y mejor que pensarse realizar tales propósitos, en beneficio de los que, no siempre por vocacion propia, arriesgan su vida y derraman su sangre en los campos de batalla, para afrenta de la civilizacion del derecho público mo-

derno! Desdichados los pueblos que, no sólo se hallan en situación de envidiar y necesitar mejoras de tal índole, sino que tienen que renunciar á ellas, cuando una guerra fratricida las hace tan necesarias y cuando ni las fuerzas del Estado ni la generosa iniciativa particular alcanzan á fundar, no ya los mejores hospitales militares, pero ni siquiera el número preciso de ellos, convenientemente instalados y habilitados.

E.

## REFORMAS EN EL SISTEMA PENITENCIARIO.

---

En el mes de julio de 1872, reuniéronse en Londres doscientos delegados de Francia, de Italia, de los Estados-Unidos y de otras naciones, para discutir la cuestión penitenciaria y examinar las reformas mejores y mas urgentes de realizar. El Comité de patronato de los presos protestantes de París encargó á su Secretario Mr. Robin, el cual habia tomado parte en los debates del Congreso, que publicase una exposicion metódica de los hechos y de las ideas útiles que en aquella asamblea se sacaron á luz. Del informe dado sobre este trabajo á la Academia francesa de Ciencias morales y políticas, por Mr. Rosseeuw Saint-Hilaire, tomamos los siguientes datos, que juzgamos interesantes para los que se ocupan en cuestiones de esta índole.

Mr. Robin halla en la prision de Lovaina el ideal de la penitenciaría. El preso allí está en celda; pero recibe, por termino medio, tres visitas al dia, de los directores, del limosnero, de los guardianes, de los contra maestres ó de los instructores. Asiste además con regularidad á la capilla y á la escuela, que son asimismo celulares, merced á un ingenioso artificio arquitectónico, que permite á los presos ver al orador sin que ellos se vean unos á otros. Bajo la influencia de semejante régimen, segun el cual la celda está cerrada del lado del vicio y abierta del lado de la honradez, la reincidencia ha declinado en Bélgica desde 68 á 4,40 por 100. Quince años hace las prisiones belgas contenian 7000 detenidos; hoy no encierran mas que 4000.

Mr. Robin, por último, señala, entre las reformas discutidas en el citado congreso y reconocidas como útiles para su introduccion en Francia: Primero, el reemplazo de la pena de prision por la de multa, ó dias de trabajo, siempre que sea posible. Segundo, la facultad concedida á ciertos establecimientos, análogos á las escuelas in-

dustriales inglesas, de detener á los niños viciosos ó abandonados. Tercero, la modificación de la ley francesa de vigilancia por la policía, en el sentido de la ley vigente en Inglaterra.

(*Revue de Législation ancienne et moderne.*)

## LA CARIDAD VALENCIANA.

---

Valencia se ha distinguido siempre por su caridad acendrada. Sus establecimientos de beneficencia son muchos; algunos de ellos grandiosos. El hospital general es un pueblo con diversos edificios dentro de su circuito; las salas de los enfermos parecen naves de catedral. La Casa de Misericordia es objeto de especial cuidado del Ayuntamiento; la Casa de Beneficencia sirve de escuela y de ejercicio para irse formando hombres benéficos, desde que el inolvidable Baron de Santa Bárbara dió el ejemplo, engrandeciendo y dirigiendo aquel establecimiento con el fervor mas desinteresado. Hay allí *Hermanitas de los pobres*; conferencias de San Vicente de Paul; cofradías varias que, bajo un objeto religioso, encierran siempre otro de caridad; hay salas de asilo; hay, en fin, la *Gran Asociacion de los Desamparados*, sociedad moderna, aunque cuenta ya veinte años de existencia, que sirve para ejercer la beneficencia domiciliaria en grande escala y en todas las formas mas convenientes, para llevar el socorro y el consuelo á las familias pobres.

Uno de los recursos con que cuenta esa Asociacion es la rifa anual de objetos regalados por las principales familias valencianas, y que se verifica en la época de la feria de julio. Esa rifa ha producido este año *setenta mil reales*. Dadas las condiciones de penuria y de empobrecimiento general del pais, esa rifa, por sus regalos y por su producto, representa una hermosa página de caridad.

Hace pocos meses ocurrió un horrible incendio en el Cabañal, pueblo marítimo, que es casi un arrabal de Valencia. No en valde anunciamos (1) que la generosidad valenciana saldria al encuentro de la desgraciada situacion en que quedaban 200 familias pobres de marineros y pescadores. La suscripcion abierta en Valencia asciende ya á 18.000 duros, con lo cual, y con rasgos de generosidad como el del opulento banquero D. José Campo, que ha costado la reedi-

---

(1) Véase el núm. 127 de esta Revista.

ficacion de algunas casas, y como el de varios contratistas de construccion que esperarán para cobrar á largos plazos, la desgracia causada por el fuego destructor del incendio quedará en breve reparada por el fuego generoso de las almas caritativas.

¡Llor á mi patria querida, á la hermosa ciudad de las flores y de la hermosura! ¡Plácemes sinceros á los generosos valencianos! Nos enorgullecemos de podernos llamar compatriotas suyos.

*Antonio Guerola.*

## EL NUEVO MONTE DE PIEDAD.

---

El edificio destinado á las oficinas del Monte de Piedad y Caja de Ahorros recientemente inaugurado, está construido sobre un área de 16.806 pies cuadrados, equivalentes á 1.304 metros. Su fachada principal está al E., frente á la plazuela de San Martin; la fachada del E. da á la calle de San Martin; la de O. á la calle de las Hileras; y la del S. á la nueva, que ha tomado el nombre de D. Francisco Piquer, fundador del Monte de Piedad.

El caracter general de estas fachadas pertenece á la escuela neogreca. El cuerpo principal lo constituyen un piso bajo y un entre-suelo, sobre el cual se asientan el piso principal y el atrio, coronando todo el edificio una crestería de piedra con motivos resaltados en los extremos.

En varios puntos de las fachadas se halla reproducido el escudo del establecimiento, que consiste en una cajita ó cepillo de ánimas, símbolo de la fundacion del Monte, y una alcancía, como símbolo tambien de la Caja de Ahorros.

Penetrando por la puerta del N. se encuentra el vestíbulo, donde se hallan colocados las bustos de D. Francisco Piquer y del Marqués viudo de Pontejos, debidos al cincel del distinguido escultor D. Elías Martin. Hay en el techo y los frisos varias pinturas representando génios, leyendas y atributos adecuados para estímulo del trabajo, de la laboriosidad y de la economía.

A la derecha del vestíbulo hay una puerta que conduce á las oficinas de la direccion y de la seccion de la Caja de Ahorros.

Frente á la entrada se abren tres puertas; las de la izquierda y derecha dan acceso al público para el gran salon donde han de practicarse todas las operaciones de empeños, desempeños y renovaciones: en la del centro se halla establecida la portería.

El salon central del edificio es de forma octógona. Así los muros como el techo están pintados al óleo por D. Isidoro Lozano, con alegorías y figuras adecuadas al objeto de la institucion. En los cuatro chaflanes están representadas la Religion, la Fe, la Esperanza y la Caridad.

En el centro del muro, frente á la entrada, hay un grupo que representa una viuda acompañada de dos tiernas criaturas, y al pie la siguiente leyenda: *Socorro al desvalido*. En el muro de la derecha se figura una matrona que sostiene á una jóven enferma, con la leyenda: *Consuelo al desgraciado*. En el muro de la entrada, en el techo y en los frisos, se ven otras varias figuras y emblemas alusivos al benéfico instituto del Monte de Piedad y la Caja de Ahorros.

Tambien se ven en el muro de entrada los retratos de D. Francisco Piquer y el Marqués viudo de Pontejos, fundadores del establecimiento.

Consisten los almacenes en galerías divididas en el centro por columnas de hierro, que amparan por uno y otro lado líneas de armarios á otras líneas que descansan sobre los muros, de forma que resultan cuatro salas en cada piso con ocho líneas de armarios. Los dos pisos inferiores están destinados á la custodia de ropas, y los cuatro superiores á la de alhajas.

La Capilla es pequeña. En su altar se ostenta la imagen de la Virgen predilecta del fundador, que lleva la advocacion de nuestra Señora del Monte de Piedad. En ella está colocada la tumba, construida de un solo pedazo de piedra de Guadix, donde se guardan las cenizas de D. Francisco Piquer.

## UN RAMO DE PENSAMIENTOS.

---

El hambre suele rondar la puerta del obrero laborioso y arreglado; pero, si le ve sano, rara vez se atreve á traspasar los umbrales.

Mas vale irse á la cama sin cenar, que amanecer con deudas.

Para comprender la religion de Cristo, es necesario practicarla. De ahí por qué muchos, al hablar de religion, desbarran, como desbarrarian los ciegos, si hablaran de la luz y los colores.

Hubo en Roma un Emperador que hizo cortar la cabeza de Júpiter para reemplazarla con la suya. El hecho podrá no ser histórico, pero en cambio es *significativo*.

La virtud no teme ser calumniada; las salpicaduras del lodo no llegan hasta el sol.

Los jóvenes que se burlan de los viejos, hagan cuenta que por la mañana salpican de lodo el traje que por la noche han de vestir.

Reprimir un mal pensamiento, es atajar el paso á los muchísimos que le siguen.

¿Tienes que soportar el peso de las injusticias? Consuélate, santo varon, el mal está en cometerlas.

¡Ay de los que no han encontrado ingratos en el mundo: poco bien habrán hecho á los hombres!

Un solo vicio empaña mil virtudes.

Si fuéramos perfectos no hallaríamos placer alguno en notar las imperfecciones ajenas.

El espíritu del hombre se alimenta de lo bueno que halla en sí ó de lo malo que halla en los demás: á falta de lo primero se ceba en lo segundo.

Si doblares la vara de la justicia, no lo hagas por el peso de la dádiva, sino por el de la misericordia.

Una mentira rara vez camina sola; por lo regular lleva tras de sí otras muchas que la sirven de acompañamiento.

El disimulo es pariente muy cercano de la mentira.

En el templo de la fortuna, todo es grande menos las puertas. Tienen tan poca elevacion, que para entrar por ellas es necesario bajarse mucho.